

Historias de burgaleses en Argentina

Susana Martínez Díez

Familia José Martínez Cámara-Aquilina Díez Salinas:

A mi padre y a mi madre que vinieron a este país, en el cual yo nací, cargados de ilusiones. En el que recorrieron un camino difícil, lleno de nostalgias y también alegrías, donde lograron transmitirnos en el día la esencia de sus pueblos, de su tierra y que a través de su sangre hispana me permitieron que yo también sea española y con el mismo orgullo que ellos lo decían: ¡Soy castellana!

Susana Martínez Díez

Hace días que tengo que sentarme a escribir esta historia y me cuesta. Qué difícil se me hace recordar todo lo que con paciencia y perseverancia me contaron mis padres, mis abuelos y mis tíos. No difícil porque no lo recuerde, sino porque la carga afectiva y esta nostalgia que les traía el desarraigo la tengo impresa en mi corazón.

Esos ojos húmedos de mi padre hablándome del pueblo, de la manzanera y el cuadro con la vista de Santa Cruz del Valle Urbión que presidía el comedor de diario de mi casa, mi madre guardando el papel y la cinta que envolvía algún regalo recibido de España porque era español, o sus manos, que eran igual a las que hoy tengo yo, protegiendo algún pichón que caía en nuestro balcón mientras me decía: “así hacíamos cuando éramos chicos con la tía” (su hermana), cuando estábamos en el pueblo. A mi abuelo Leocadio esperando mi llegada con los brazos abiertos y, mientras me abrazaba, daba vueltas sobre sí diciendo: “Vales más de lo que pesas”.

“El pueblo”, hoy “mis pueblos”, fue una figura que siempre acompañó mi vida sin saber en mi infancia qué y cuánto quería decir. Por suerte así los conocí a Cameno el pueblo de mi madre, allá en la Bureba y, Santa Cruz del Valle Urbión, el de mi padre, ambos pueblos, de Burgos, en blanco y negro.



1918



Leocadio Díez Quintana Margarita Salinas Bujedo



Patro



Lina

Familia de la autora.

Luego, ya bien adulta, los vi en colores. Pude ir a conocerlos en 1978 y como canta Alberto Cortés: “...los vi en las montañas, los vi en las aldeas, los vi en las sendas que anduve en España”.

La historia de mi madre comenzó cuando en 1918, su padre, Don Leocadio Diez Quintana, nacido en Carrias (Burgos) regresó a Cameno luego de doce años de ausencia por haber venido a vivir en la Argentina “a hacerse la América”. Allí estaban esperándolo su mujer, “la abuelita”, como le decíamos a mi abuela Margarita Salinas (nacida en Cameno) con sus dos hijas Patrocinio (Patro) y Aquilina (Lina). Lina es mi madre, que en ese momento conoció a su padre, porque él había viajado aquí en 1906 cuando ella sólo tenía meses de vida. Contaba que él ya le iba preparando para su llegada a Buenos Aires, enseñándole la secuencia de las calles del centro de la ciudad y ahí ella me enseñaba a mí “... Corrientes, Lavalle, Tucumán, Viamonte, Córdoba, Paraguay...” Según me contaba el abuelo, él había sido alistado en el Ejército de Infantería como soldado. En su cartera de identidad figura que fue el 21 de setiembre de 1895 y que sirvió en el Regimiento de la Lealtad N.º 30 (el que participó en la Guerra de Cuba).

Prepararon su viaje, decidieron venir los cuatro para Buenos Aires. Trajeron colchones, ropa y vajilla, además de los efectos personales.

Partieron desde Portugalete en el vapor (como se le decía) León XIII, que, según contaban, fue su último viaje porque “hacía agua por varios sitios”. La travesía fue larga, decían. “Dormíamos muchos en un solo lugar y la abuela estuvo todo el tiempo en la enfermería porque estaba mareada”. Como el vapor, yo digo, tenía problemas, debieron entrar en un puerto de Brasil y desembarcar mientras lo reparaban. Mamá y la tía decían: “Nos bajaron unos mozos negros en brazos, nosotras teníamos mucho miedo”. Nunca habían visto un negro de raza en España. Finalmente llegaron los cuatro a Buenos Aires en el año 1919.

Mientras tanto, en Santa Cruz del Valle Urbión vivía papá, Don José Martínez Cámara, en su casa del pueblo que había sido de sus padres, de su abuela, la famosa abuela Tecla (mi bisabuela) de la que hablaba siempre con



Esta pila de agua bendita los acompañó en el viaje y allí ella le tenía colgada sobre la pared arriba de la mesa de la...



Casa paterna en 1953

sus hermanos. Él vivía con su hermana que tenía una niña, Dionisia, su hermano y su cuñado, pues sus padres ya habían muerto; era el menor de ocho hermanos. Había nacido el 3 de febrero de 1902. Tío Pedro y tío Inocencio, sus hermanos mayores, estaban ya en Buenos Aires desde hacía varios años.

Como Santiago (otro hermano) ya entraba en quintas, debía hacer la “mili” y lo mandarían a África, decidió emigrar. Mi padre, Don José Martínez Cámara, era menor de edad, tenía 17 años y a los pocos estaría en la misma situación. Sus padres ya no vivían. Decidieron venir juntos. Recabados los permisos correspondientes y cumplidos los requisitos migratorios emprendieron juntos la aventura. Al dejar su casa me decía con mucho dolor: “Mira hija, fuimos caminando

hasta Pradoluengo, al fin de la cuesta, en la revuelta del camino, miré a Santa Cruz por última vez y me dije: quién sabe si volveré a verte”, y no lo volvió a ver. Recuerdo de pequeña que le decían que, ya que tanta nostalgia le traía su pueblo, volviera; pero siempre había una excusa y también creo que la situación económica no sé si se lo permitía. Partió de Barcelona el 7 de enero de 1920 en el vapor Reina Victoria Eugenia, arribando el 2 de febrero del mismo año en Buenos Aires. Pero no lo pudo hacer por sus propios medios, una ambulancia lo esperaba junto a la planchada para trasladarlo al Hospital Muñiz (Hospital de Infectocontagiosos) a cumplir la cuarentena, pues a bordo había contraído sarampión. Al día siguiente cumplió en el hospital los 18 años. Lo separaron de su hermano Santiago, naturalmente. Un día apareció un señor a verlo diciendo ser amigo de Inocencio (su hermano mayor), como él no lo conocía ni al hermano ni al amigo, lo creyó. Horas después, la enfermera le confesó que ese señor era su hermano; que no se lo quiso decir para no emocionarlo en ese trance duro que estaba pasando, solo, enfermo en un país extraño y sin dinero.

Su enfermedad era contagiosa, la poca ropa que había logrado traer la pasaron por la autoclave (*sic*), motivo por el cual cuando fue dado de alta, y como la ropa había encogido, las mangas de la chaqueta le llegaban al codo solamente y los pantalones a media pierna. Así comenzó el peregrinar para conseguir trabajo. Al principio no era muy productiva la búsqueda y le decía a su hermano Santiago: “yo me vuelvo”. Pero como no era cuestión de no querer trabajar decidió ofrecerse para hombrar bolsas en el puerto. Por ser joven, menudo y recién salido del hospital no lo tomaron. No sé cuánto duró

ese período, sí sé que me contaba que caminaba por la calle Florida con hambre y veía la gente tomando café con leche y medialunas. Lo deseaba, pero se abstenía pues sino no le quedaba dinero para la cena. Finalmente consiguió dónde trabajar, en una tienda. El dueño le permitía que por la noche colocara su colchón sobre el mostrador y allí dormía, es decir: allí vivía. Se cambió de trabajo por otro mejor, dejó de ser cadete para pasar a ser vendedor en una tienda que se llamaba: “A la ciudad de Soria”. Demás está decir que él lucía con orgullo ser castellano. Aquí, en Argentina, antes y ahora a los españoles se los llama genéricamente “gallegos”. Un día estaba en el trabajo y un compañero lo llamó: “¡Che, Gallego!”. ¿Qué hizo? Ya cansado de advertirles a ese y a otros que él no era gallego, sino castellano, tenía en su mano un cepillo de ropa, lo arrojó a la cabeza del interlocutor; se sentía insultado, decía. El cepillo fue a dar sobre el cristal de una vitrina y lo rompió. Por supuesto que quedó sin trabajo. Empezó la búsqueda y consiguió en una puntillería y tapicería que era muy característica en Buenos Aires: “La Reina”, en Bartolomé Mitre y Suipacha.



Acostumbraba, ya tiempo después, a trabajar y hacer deportes, pues practicaba remo en el Club Hispano de Tigre, finalmente, pudo comprarse con un socio su bote doble par y vela. Cruzó, con su amigo y compañero de aventura, el Río de la Plata a remo. Contaba que cuando llegaron a Carmelo



«Bote doble par y vela "Nafén"»

(Uruguay), punto de destino, la gente los estaba esperando en el muelle con cintas españolas y argentinas para recibirlos.

La familia Díez Salinas, la de mi madre, en tanto vivían en diversos barrios de Buenos Aires, pues mi abuelo se dedicaba al comercio de almacenes (ultramarineros) y despensas. Mamá atendía el mostrador y su hermana hacía los quehaceres de la casa, pues la abuela, mi abuela, cocinaba para los parroquianos que venían al bar a comer. Su marido andaba, decía, recorriendo la ciudad y llegaba de repente anuncián-

doles: “nos mudamos”, vendía el negocio y así sucesivamente. Hasta que compró comercios de mayor envergadura. Ya mi madre era la cajera y la que se encargaba de tratar con los corredores de comercio y hacer la compra de las mercaderías.

Las dos hijas eran mozas. Don Leocadio que frecuentaba el Centro Burgalés, porque era socio, iba acompañado por sus hijas. Estaban en la edad de crecer. Ellas formaban parte de las comisiones de fiestas o las femeninas. Iban a los bailes y a los picnics que por aquel entonces se organizaban con frecuencia.

También papá era socio del Centro Burgalés al que concurría todas las semanas. Vivía con su cuñada, su hermano Pedro y sus hijas. Papá era: “el tío José”, ese tío soltero que malcrió a sus sobrinas, mis primas.

Por una de esas cosas de la vida mi tía Patro se pone de novia con Don Abilio López, burgalés de Santa María de Rivarredonda, que en ese momento



*Lina y José el día de su boda
23 de abril de 1932*



Tipicaría "El Progreso" en La Plata



*Vidriera del nuevo local de "El Progreso"
En calle 7 y 55 de La Plata*

era el cobrador del Buralés. Tío Abilio era amigo de mi padre y así le presentó a la hermana de su prometida. Esa era mi madre.

Mi tía Patro, que estaba haciendo su ajuar de novia, concurría a hacer compras a "La Reina" acompañada por su hermana. La que ojitos va, sonrisa viene con el vendedor de puntillas, el que había conocido en el Buralés, comenzaron su noviazgo. Se casaron en 1932.



Susana al año y medio

Por eso el Buralés ha sido hogar de hogares, así como se formaron estas dos familias hay decenas de otras que también son producto del Centro, lugar donde concurren para estar en esa gran familia burgalesa y compartir los decires, el baile, la comida, la nostalgia, el desarraigo y ¿por qué no?, la ilusión del futuro mejor y venturoso que les prodigaba Argentina.

Mi madre dejó de trabajar en el negocio de su padre al casarse. Lina y José se radicaron en La Plata, pues los hermanos de mi padre habían puesto en la ciudad (a 44 Km. de Buenos Aires) un negocio de telas de tapicería y alfombras: “El Progreso”. Papá trabajaba allí.



*Los Nietos
Paco, Marga,
Alicia y yo*



*Los Abuelos
Leocadio y Margarita*

En 1933 nació en esa ciudad mi hermana Alicia, que siempre fue, al decir de mi padre “tu hermana mayor”. Allí disfrutaban mis padres, mis tíos y mis primos el compartir esa gran familia, toda burgalesa. Sólo la primera generación nacimos en Argentina.

En Buenos Aires estaban mis abuelos y mis tíos. Yo no había nacido aún. Mi madre, aunque allí se encontraba bien acompañada con su familia política, extrañaba a los suyos que estaban en la Capital. Afortunadamente mi padre fue asociado en el comercio de sus hermanos. Mudaron el negocio e inauguraron una importante casa.

Los avatares del trabajo de mi padre, al abrir una sucursal de “El Progreso”, hicieron que se mudaran para Buenos Aires. Mi padre estuvo al frente, era una sucursal para compra y venta al por mayor situada en la calle Alsina 1146.

Luego de vivir los tres (mamá, papá y mi hermana) en un departamento en la calle Sáenz Peña, decidieron mudarse a vivir a casa de mis abuelos en Paternal. En ese entorno, en 1941, nací yo, Susana Martínez Diez. Fui la menor de los primos por parte de padre y madre.

Cuando tenía un año y medio nos mudamos a otra casa los cuatro. Fuimos a vivir también en un primer piso dentro del mismo barrio, “amplia y señorial”, como decía papá. Lo nuestro era ir a la escuela, obligación sobre todas las cosas, ayudar a nuestra madre en sus quehaceres y jugar (con hijos de españoles si era posible). Nuestros padres habían completado en su pueblo la escuela primaria. Para nosotras habían tenido la precaución de elegir un



*Como la sangre tira, aprendí
danzas folklóricas españolas*



*José y Lina junto a sus nietos,
María Laura y José Luis*



*José Martínez Cámara
en 1928*

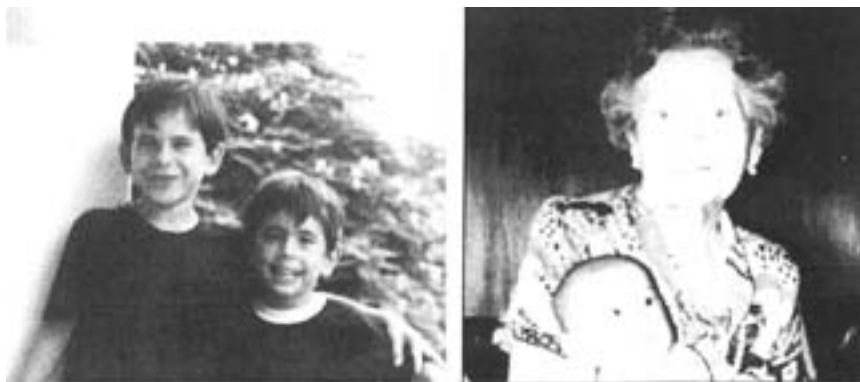


*Esta tijera acompañó a mi padre mientras atendía su negocio.
Con ella cortaba las telas de tepicería*

buen colegio, el Normal N° 4 en Caballito (el mismo barrio en el que hoy se encuentra el Centro Buralés), donde cursamos la escuela primaria y secundaria. Teníamos que viajar en el tranvía para ir a ella. Había sí, por casa, otros colegios, pero, ellos pensaban que no era el que nosotros merecíamos.

Veo a mi madre sobre la mesa donde ella estaba planchando enseñándome a hacer cuentas de resta. Como me lo enseñaban en el colegio me daba mucho trabajo. Ella me dijo: “Yo te voy a enseñar cómo resto yo, que es distinto a lo que a ti te enseñan”. Dio resultado el procedimiento de que le habían enseñado (*sic*) en España. Yo restaba distinto de como lo hacían mis compañeros del colegio.

Recuerdo también a mi padre haciéndome las carátulas de los cuadernos y ayudándome a hacer los deberes, yendo a trabajar y luego me pasaba a buscar por el colegio. Iba yo a su negocio de la mano de mi madre, quedaba a dos cuadras de la españolísima Avda. de Mayo y de paso visitábamos a mi tía Patro y su familia. Tenía que viajar él tres cuartos de hora de ida y otro tanto de vuelta para el trabajo. Lo hacía cuatro veces por día. Venía a almorzar a casa pues, como buen inmigrante, pensaba que no se podía “tirar la plata” comiendo afuera.



Mi madre con sus bisnietos

Recuerdo que los días jueves mi tío Santiago venía a Buenos Aires a visitar junto con mi padre las empresas y mayoristas para comprar mercadería. Yo ya estaba en el colegio secundario. Al salir me los encontraba esperándome en la esquina y así viajábamos los tres juntos en el colectivo, para ir a mi casa donde mamá nos esperaba con el almuerzo. Para mí era un día de fiesta. Tío Santiago, mi padrino, era dicharachero, simpático, permisivo en contraste con el carácter de mi padre con nosotras. Los domingos, cuando era pequeña, íbamos todos a casa de los abuelos que vistos desde la óptica actual no eran viejos pero, para nosotros, los cuatro nietos, lo parecían.

Mi abuela siempre vistió de negro como en el pueblo, él siempre de traje. Doy gracias a Dios haber podido disfrutar a esos dos nobles burgaleses, por lo tanto castellanos, los que dejaron en mí la huella del rol de abuelos: cómo consentir y malcriar a los nietos. Me prodigaron un inmenso amor. Recuerdo la imagen de mi abuela tejiendo calentándose sus pies junto al brasero y mi abuelo cantando de tanto en tanto:

“... Quisiera, quisiera
Quisiera, volverme hiedra
Y subir y subir
Por las paredes...”.

También venía mi abuela a mi casa. Junto con mi madre y mi tía tomaban mate mientras comentaban historias de los paisanos. En una oportunidad vino desde La Plata la abuela de mis primas (doña Josefa, burgalesa también de Villorobe), se sentaban en el patio y con grandes recipientes de arroz hervido



*Esta es parte de mi Familia BURGALOSA (materna)
Alicia, José, Leocadio, Paco, Abilio, Marga (de pie)
Lina, Susana, Margarita y Patro (sentadas)*

con cebolla y otros ingredientes hacían morcillas burgalesas. De allí aprendimos a gustarlas y disfrutarlas. Es para todos nosotros un manjar.

A mis abuelos paternos: Martina Cámara y Juan Martínez no los conocí ni por fotos, ya que en Santa Cruz del Valle Urbión, pueblo de origen feudal, a principios del siglo pasado supongo no habría fotógrafo por la comarca.

Las familias de mi madre y de mi tía compartíamos el almuerzo de los domingos en casa de mis abuelos. Luego de él, las mujeres nos quedábamos haciendo tortas debajo de la glicinia del patio. Yo era pequeña. Me acuerdo que los hombres se iban ¿a dónde? Al Bungalés. Éramos cuatro primos: Alicia, Paco, Marga y yo. Como mi primo era diez años mayor que yo, ya estaba “hecho un hombre”, y también se iba al Bungalés. Mi tía Patro, un día que yo estaba en cama con alguna enfermedad de los niños, para entretenerme me iba enseñando mientras recorría los dedos de su mano:

“Pimpinito, burburito
Que vende las habas a treinta y cinco
En qué lugar en Portugal
En qué calleja, la más vieja
Salte tú por la puerta vieja”.

De esta manera me ponían en contacto con la tradición de los juegos de los niños de España. Ella falleció joven, a los 47 años en 1951. Un año más tarde mi abuela Margarita y en 1954 mi abuelo Leocadio.

Viene a mi memoria la escena en mi casa los días sábados y domingos, yo tendría cinco años y comenzaban los preparativos de mi padre: se lustraba los zapatos, se afeitaba, se bañaba, yo sabía que se iba al Buralés. Lloraba, quería el papá en casa con nosotros, aunque por la mañana ya me había llevado a la plaza. Era más fuerte la necesidad de ir al Buralés con los paisanos a echarse una partida de mus que lo que la niña pedía. Mi madre para conformarme me invitaba a jugar “a las visitas” y me servía anís con agua y galletitas en una bandejita mientras me conversaba hasta que se me pasaba el llanto.

Lo de mi padre fue un constante inculcar los principios de la nobleza castellana: “la palabra vale más que una firma”, “es preferible decir la verdad aunque te pese, que ir con falsedades”, “primero es la obligación y después la devoción”, “manos que no dais ¿qué esperáis?”... así como también transmitirnos constantemente los decires y haceres de España. Mi padre lucía siempre pulcro y elegante, tenía una mirada mezcla de firmeza y ternura por aquello de que “si les demuestras mucho, se te toman hasta el codo”. También era extraordinariamente simpático, amigo de contar chistes. Lo cierto que su figura imponía respeto a mí y a los que me rodeaban, a tal punto que yo lo trataba de usted.





Acta de nacimiento de José Martínez Cámara, padre de la autora.

Cuando estábamos enfermas el “duro” castellano se transformaba en dulce, tierno, dedicado y preocupado, tal es así que pedíamos por él las dos cuando teníamos alguna nana.

Mi madre era sufrida y callada, eclipsada por la dureza de mi padre, pero madre al fin aflojaba cuando él no la veía. También de muy pequeña le tenía que decir de usted. Un día le confesé que quería tutearla y me dijo “hay que preguntarle a tu padre”. Cuando con ansia esperaba su llegada le pregunté. Él dijo: “que tu madre haga lo que quiera”. Y por fin, pude tutearla como lo hacían todos los niños a su madre en Argentina.

Muchos prejuicios se barajaban producto, ahora comprendo por qué y no en ese momento, de la educación que habían recibido. Que no se debía jugar con hijos de judíos y el que tenía apellido italiano tampoco era visto como lo mejor para hacerse amigo, los niños a callar...

Tal es así que mi hermana se casó a los 20 años con un militar, hijo de gallegos, Manolo, vecino de mis abuelos. Que a la sazón noviaron a partir de una fiesta en el Club Español de Buenos Aires y que era muy aprobado por mis padres, ¡Claro eran todos españoles! De esa unión nacieron María-Laura y José Luis Avalle, mis sobrinos queridos.

Las dos, mi hermana y yo, seguimos la carrera de magisterio. Yo ejercí la profesión durante 35 años, llegando a dirigir varias escuelas. Me casé con un nieto de andaluces, Hipólito Martínez. ¿Será casualidad que también se llame Martínez?

En el verano desde 1940 “se instituyen” las vacaciones. Íbamos a las sierras de Córdoba, un calco geográfico de las sierras de los pueblos de Castilla. A tal punto que mi tío Pedro se había comprado una casa por allí (la que todavía frecuentamos), a la que le puso por nombre “Chalet Castilla”. Allá por 1950 mi padre regresó de Córdoba junto con su hermano en “aeroplano”. Se dio el gusto que tantas veces pretendía.

Por ese entonces también habíamos comprado un “combinado” (radio y pasadiscos). Papá venía de trabajar y ponía los discos (de pasta 78 rpm) de zarzuelas, las que escuchábamos nosotros cuando él estaba y la música nuestra cuando se iba. Pero de tanto escuchar y llevarme al Teatro Avenida a ver funciones, me aprendí varios de los pasajes que puedo cantar con mucha alegría y como homenaje a todos mis burgaleses queridos que me precedieron. Al estar sentados en la platea él me mostraba el paraíso del teatro (el último piso para espectadores) y me decía:

“¿Ves allá arriba de todo? Ahí venía yo cuando era mozo. Como no podía pagar la entrada me permitían el acceso gratis con la condición de que debía aplaudir”.



Certificado de buena conducta.



Certificado laboral de José Martínez Cámara.

Mi padre siguió por fin con su negocio “J. Martínez Cámara-Tejido de Tapicería” ya en forma independiente, poco antes de morir sus hermanos. A los que tanto amó y respetó, eran “sus hermanos mayores”.

Al tiempo, siendo bastante joven, enfermó de lo que hoy conocemos como mal de Alzheimer y luego de padecer la larga, penosa y dura enfermedad falleció el 21 de mayo de 1978 en Buenos Aires, sin volver a España. Pero acompañando hasta último momento por su mujer, sus hijas, su yerno y sus sobrinas. Dejando tras de sí un ejemplo de rectitud y verdadera hombría de bien.

Mi madre vivió hasta 1989 llevando su viudez con bastante fuerza y siendo para mí un ejemplo de resistencia y admiración, ¡castellana al fin! Tampoco volvió a España. Ella conoció a dos de sus cuatro bisnetos Patricio y Gonzalo.

Como la vida tiene esas cosas, el 8 de agosto de 1978 estaba en España. Primero fui a Cameno en la Bureba, el pueblecito estaba ya casi solo. Pregunté por la familia y encontré un primo de mi madre, igualito a ella. Fuimos a la iglesia. Él me mostró su casa y la de su tía Margarita (mi abuela), donde había nacido y vivido mi madre y su familia. Y me preguntó por todos. Aunque la distancia y los años eran muchos, la partida de las familias no la habían olvidado. Luego fuimos con mi marido a Santa Cruz. Como decía, hacía sólo tres meses había muerto mi padre. Conocí su pueblo, estuve en su casa. Al rato de llegar se acerca un viejito de boina y cayado y me pregunta: “¿Así que tú eres la hija de José? Yo fui a la escuela con tu padre. Era inquieto y travieso, pero ya a los 6 años iba al monte con las ovejas. Le tenía miedo a los lobos. Pero José para ahuyentar a los otros animales imitaba el ladrido del perro.



Cartera de identidad del abuelo de la autora, Leocadio Díez.



Certificado de buena salud.



La Dirección Nacional de Migraciones” no posee ficheros alfabéticos de pasajeros ingresados en el país en años anteriores a 1920 vía ultramar...”.

Lloraba él y lloraba yo, era un fuerte impacto emocional. Estuve con mi prima que no conocía. Su hija, al recibirme de sopetón porque toqué la puerta de la casa y le dije quien era, me dijo: “espera” y salió corriendo escaleras arriba, bajó rápidamente con un portarretrato en su mano con la foto de nosotros cuatro. Y me preguntó: “¿Cuál de éstas eres?”. La más pequeña le señalé. Era una foto de nosotros cuatro de 1950 que estaba en la cómoda del cuarto de mi prima Crescencia (hija de la hermana de mi padre). Según me dijeron desde que el tío José la había mandado, habían pasado 28 años.

Cuando comencé la recorrida por el pueblo vi los prados segados, las dehesas, las hayas, los abedules, los chopos... seguimos hasta el monte, allí no más se levantaba el San Millán, la huella de los jabalíes, el refugio de los pastores y el verde que me rodeaba por todos los sitios. Minutos antes de partir, no sabían qué regalarme para que trajera de recuerdo. Elegí dos cencerros artesanales. “¿Y esto te vas a llevar?”, me dijeron. “Si, esto quiero” porque sentí que era lo emblemático de cuando él, aunque pequeño, ya debía asumir responsabilidades de trabajo. Mientras pensaba ¿Cuál habrá sido su cama? ¿En qué habitación habrá nacido? La cocina de la casa había sido modernizada. Le pregunté a mi prima: “¿y no tenía esta casa

una cocina con escaño brasero con lumbre?”. “Ven”, me dijo. Abrió una puerta y allí estaba, tal cual la describía mi padre mientras contaba que allí se



Libro de familia de los padres de la autora

sentaba a acompañar a su hermana junto a la lumbre, mientras ella tejía. El golpe emocional que recibí me hizo pensar que en ese escenario solo faltaba José, mi padre. Y lo más doloroso es que a mi regreso a Buenos Aires él ya no estaba. Necesitaba contárselo para disfrutar tomados de la mano el haber podido yo también estar en “Santa Cruz del Valle Urbión”, ya que él no lo volvió a ver.

Mi padre y mis tíos fueron activos participantes en los centros regionales de la colectividad. Don Pedro Martínez Cámara fue miembro de la Comisión Fundadora del Centro Buralés. Santiago Martínez Cámara presidente del Club Español de La Plata y miembro de la Comisión Directiva del Hospital Español de la misma ciudad. José Martínez Cámara, papá, integró varias comisiones directivas del Centro Buralés como prosecretario, tesorero y vocal.

Hoy yo soy secretaria del Centro Buralés. Patricio, secretario administrativo, y mi marido miembro de la Comisión Directiva. Con gran orgullo todos formamos parte de él. Tratamos de hacerlo crecer, que mantenga sus propósitos de origen, de conservar todo aquello que fueron las tradiciones familiares y por ende burgalesas en las que yo me crié. Por eso abrazo en mi alma a papá y mamá diciéndoles: ¡Gracias! Por el noble origen que tuvieron y supieron inculcármelo ¡Gracias! por este regalo de sangre y por poder ser yo también con todo orgullo: ¡española!



Salvoconducto a favor del abuelo materno de la autora, Leocadio Díez Quintana.





Documento de identidad de Aquilina Díez, madre de la autora.